



miscelánea

JAMES KEEY

INICIAMOS NUESTRO DESENSO

TRADUCCION DE SANTIAGO DEL REY





INICIAMOS
NUESTRO DESCENSO

JAMES MEEK

INICIAMOS
NUESTRO DESCENSO

Traducción de
Santiago del Rey

m...
miscelánea

Título original:
Who Are Now Beginning Our Descent

© James Meek, 2008
Publicado por acuerdo con Canongate Books Ltd,
14 High Street, Edinburgh EH1 1TE

Primera edición: abril de 2009

© de la traducción: Santiago del Rey

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Marqués de l'Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona
www.miscelaneaeditores.com
info@miscelaneaeditores.com

Impreso por Brosnac, S. L.
Carretera Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-936628-3-7
Depósito legal: M. 8.159-2009

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

OCTUBRE DE 2001

A las cuatro de la mañana, cuando aún estaba oscuro y faltaba una hora para la oración Fajr, Sarina Najafi se levantó, se lavó, se vistió, tomó un desayuno rápido a base de pan *lavash* y queso y salió del apartamento de su familia, en la décima planta de un bloque moderno situado en las afueras de la ciudad iraní de Isfahán. Su padre, su madre y sus dos hermanos aún dormían. Ellos iban a la mezquita todos los viernes, y Sarina, a sus quince años, no era mucho más devota que eso en el mejor de los casos. Pero la directora de su escuela quería causar buena impresión a los *basiji*, los vigilantes de la Revolución islámica, y durante toda aquella semana Sarina y las

JAMES MEEK

otras seiscientas estudiantes de la Escuela Secundaria Liberación de Khorramshahr iban a rezar cinco veces al día. En su opinión, una opinión que a menudo compartía en voz alta con sus amigas, aquello era demasiado. Naturalmente que las chicas tenían el mismo derecho que los chicos a rezar, tal como decía la directora. Pero ¿cómo se las iba a arreglar para terminar su proyecto de clase y para preparar su examen de inglés con tanto rezo y tanto madrugar?

Sarina bajó en ascensor a la planta baja. Sobre su manto preferido de color lila, llevaba un chador negro que sólo dejaba su cara al descubierto; encima, cargaba con la mochila llena de libros y con la cámara de vídeo que le habían prestado para su proyecto. Tiró de la parte alta del chador, cuyo borde se empeñaba en sobresalir por delante. En cuanto ella y sus amigas se encontraban a una distancia considerable de la mezquita, se quitaban el chador. ¡Cinco veces al día! Menuda lata. No le gustaba la idea de que su primo Faraj la viera con esa prenda tan triste mientras le sonreía de aquella manera por la calle.

Afuera hacía frío. La luz chillona de las farolas iluminaba la tierra desnuda y el hormigón. Aquélla era una nueva urbanización construida para alojar a los técnicos e ingenieros que, como los padres de Sarina, trabajaban en la planta nuclear. Aún no había árboles ni hierba, pero los apartamentos eran grandes y luminosos y todas las familias estaban encantadas. A un kilómetro de distancia, Sarina divisaba los rótulos verdes de neón colgados en el exterior de la mezquita provisional. La habían habilitado como tal la semana pasada y habían utilizado un pabellón deportivo. E inmediatamente después, detrás de un muro de hormigón muy alto rematado con alambre de cuchillas, estaba la planta nuclear. El presidente la había visitado hacía unos meses y había dicho unas cuantas tonterías; Asal le había susurrado a Sarina que lo encontraba atractivo y ésta le había propinado a su amiga un golpe en el brazo.

Había muy poco tráfico a aquella hora.

Por encima del rumor de algunos coches y de sus propios pasos, Sarina oyó a lo lejos un sonido extraño: un ruido sordo y rápido,

JAMES MEEK

parecido al del torno de la tienda de muebles de su tío. O como cuando vino el presidente. Exacto: un helicóptero. Más de uno tal vez. Sarina siguió caminando. Poco a poco, otras chicas –sombras oscuras con chador– empezaban a llenar la calle. El sonido de los helicópteros se desvaneció y Sarina oyó las risitas y los murmullos de sus compañeras. Un «clic» amplificado resonó por todo el barrio y el muecín empezó a llamar a la oración.

Había una carretera nueva de cuatro carriles que llevaba directamente a las puertas de la planta nuclear, pero la manera más rápida de llegar a la mezquita era a través de un enorme solar vacío y de una callejuela situada entre las dos hileras de chalés donde los ingenieros nucleares de rango superior vivían con sus familias. Por cuarta mañana consecutiva, Sarina se vio envuelta en una columna de chicas vestidas de negro que charlaban y avanzaban lentamente en fila india. Centenares de chicas deambulando en la penumbra que precede al amanecer, fluyendo como un río bajo las farolas.

Sarina vio a Asal, que la estaba esperando en el umbral de su casa y que la saludó.

—Eres más lenta que una tortuga —dijo Asal.

—No soporto estos madrugones —intervino Sarina—. ¿No ves lo mal que me van para el cutis? ¿Has oído los helicópteros?

—¡Sí! —exclamó Asal, con sus hermosos ojos abiertos de pura fascinación. Fue la última palabra que Sarina le oyó pronunciar.

Todo pareció ocurrir a la vez. Se oyó otro ruido que venía de la planta, una especie de traqueteo y de raspado, como cuando se pasa un palo por una valla metálica. Desde el principio de la fila, les llegó un ruido de motores y de gritos. A su espalda, en el solar vacío, sonó otra vez el estrépito de los helicópteros, ahora ensordecedor. Miró hacia atrás. Vio a muchas chicas corriendo despavoridas en todas direcciones y distinguió unas enormes formas oscuras que descendían entre nubes de polvo. Una sirena empezó a aullar en la planta. Sarina se volvió justo a tiempo para captar varios destellos cegadores, seguidos de sendas explosiones que la obligaron a agacharse

JAMES MEEK

y cubrirse la cabeza con las manos. Cuando miró otra vez, vio algo que no logró entender. Una columna de camiones subía por la calle, procedente de la planta. Había soldados asomados por las ventanillas y las aberturas del techo, blandiendo sus armas y gritando en un idioma que no creía entender, pero que dedujo con un sobresalto (aunque no identificaba todas las palabras) que debía de ser inglés. Los camiones se paraban una y otra vez porque había centenares de chicas que les bloqueaban el paso chillando de pánico.

Sin saber por qué, se agazapó contra la pared y sacó la videocámara que le habían prestado. Empezó a filmar. Lo grabó todo bajo la estridente luz de las farolas. Los soldados americanos gritándose unos a otros. Los camiones parando y arrancando. Los gritos: «¡Moveos! ¡Moved los putos camiones! ¡Si esas zorras se os ponen delante con sus harapos, las freís, joder! ¡Moveos!». Los camiones avanzando sobre la masa de estudiantes. Los alaridos a medida que las aplastaban con sus ruedas. Los disparos. Incluso cuando las balas

atravesaron el cuerpo de Sarina, la cámara continuó grabando, registrando los miles de millones de dígitos de información que se hallarían en sus manos yertas, aquella misma mañana, entre los cuerpos amontonados de las víctimas.

Adam Kellas detuvo el rápido rasgueo del bolígrafo sobre la página de su cuaderno. Releyó las últimas frases, tachó «harapos» y escribió «andrajos» encima. Tachó «andrajos» y «joder». «Si esas zorras se os ponen delante, las freís.» Tantos términos peyorativos estaban de más. Sin ellos, la frase quedaba más contundente, más eficaz. Según la posición del lector, éste se sentiría indignado contra las tropas americanas o contra él mismo, contra el autor. Eso no importaba; lo importante era la emoción. La frase tenía la virtud adicional de distraer al lector del aire insulso de la pequeña y modélica Sarina, cuya única función desde el principio (como estaba claro, por lo demás) era encarnar la inocencia y el martirio. Seiscientos cabreros iraníes asesinados en masa, con sus largas y pegajosas vestiduras, no constituirían un arranque tan prometedor.

Kellas dejó el bolígrafo sobre la vasta superficie del escritorio, entrelazó las manos detrás de la nuca y arqueó la columna todo lo que pudo. Le sorprendía lo fácil que le había resultado escribir el principio de la novela. Había llenado cuatro páginas a mano en un par de horas y con muy pocos tachones. La adquisición de aquel escritorio y de la silla había contribuido lo suyo; ya no tenía que escribir con el cuaderno en las rodillas o apoyado en el suelo. Quizá tuviera tiempo de lijarlo y barnizarlo, si Mohamed le conseguía un poco de barniz y papel de lija.

Kellas se dio media vuelta. Mark seguía trabajando en su col-

chón. Con el brazo malo flexionado (no tenía mano) sostenía su cuaderno de notas, y con la mano izquierda iba pasando las páginas y escribía en su portátil. La habitación tenía las paredes encajadas y ventanas en dos lados. Había un armario empotrado del que se habían apropiado Mark y su fotógrafa, Sheryl, antes de que él se mudase allí. Además de su mochila, cada uno disponía de un baúl barato con cierres de latón. Había una moqueta roja en el suelo, aunque, dejando aparte los tres colchones, cada centímetro cuadrado estaba cubierto por un barullo de cables, ladrillos de corriente y cargadores. De noche, cuando se apagaban las luces y el generador continuaba funcionando, la habitación se iluminaba con los puntitos verdes y rojos de las baterías recargándose. Eran la diez de la noche. Últimamente había habido mucho movimiento de aviones, que pasaban atronando sobre sus cabezas. Pero esta noche el único ruido que se oía era el zumbido del generador.

A Kellas le caía bien Mark, pero había tres cosas que no le gustaban de él. En realidad, cuatro: que le cayera bien era la cuarta. Kellas quería saber qué le había ocurrido en la mano, pero no se le ocurría ninguna excusa para preguntarle si había nacido así, si se la había cortado accidentalmente, si la había perdido en una explosión o si se la habían amputado por orden judicial. Así pues, no se lo preguntaba. Pero no debería haber hecho falta. Un tipo sin una mano tenía la obligación implícita de explicarles la causa a sus compañeros de habitación. Ésa era la primera cosa que no le gustaba. La segunda era que había oído a Mark diciéndole a gritos a uno de los funcionarios de la Alianza del Norte (cuyo trabajo consistía en distribuir a los conductores entre los reporteros) que él era periodista «americano» y que no trabajaba para «uno de esos diarios europeos de mierda». Kellas lo había tratado desde entonces con cierta frialdad, hasta que Mark se enteró del motivo y le dijo que no se ofendiera, que él nunca había

considerado europea a Gran Bretaña. Lo que más le envidiaba a Mark era cómo trabajaba. Sus jefes estaban en diferentes zonas horarias: los de Kellas en Londres, los de Mark y Sheryl en California. Mark tenía que hacer su jornada afgana de doce horas y luego su jornada californiana de otras doce horas; total, las veinticuatro horas del día sin que librara una sola. Nunca lo veía dormir. Kellas no era perezoso, pero podía pasarse un día sin escribir nada y no se preocupaba. Mark, sí. Siempre estaba haciendo entrevistas y procurando averiguar qué ocurría. No perdía el tiempo esperando a que sucedieran las cosas.

Kellas le preguntó si podía prestarle un par de pilas.

—¿Prestarte? —dijo Mark.

—Te daré unas nuevas a finales de esta semana.

—¿De dónde vas a sacarlas? ¿Recuerdas al irlandés? Ya sabes cuál, el fotógrafo. El que llegó por tierra desde Pakistán, a caballo y a pie. Le costó diez días. Pues mañana se va porque se le han acabado las pilas y nadie está dispuesto a echar mano de sus reservas para ayudarle.

—Necesito un par.

—Yo no tengo. No uso. Éstas son de Sheryl. Pídeselas a ella.

—Ella se cree que he estado usando su café. Me gustaría que se enterase de que yo me compré el mío. Lo que pasa es que los frascos son iguales.

—¿Por qué no se lo dices?

—Podrías decírselo tú.

—¿Qué pasa? ¿Temes rebajarte?

—No me cae bien.

—¿Que no te cae bien? No hace falta que te caiga bien.

Kellas le dio la vuelta a su silla y la colocó de cara a la habitación.

—Trabajas demasiado.

—Tú también. Te has pasado todo el día fuera, has regresado

y has mandado tu crónica, y te has tirado las últimas dos horas garabateando en ese cuaderno.

Kellas lo cerró y lo puso bajo su portátil.

—¿Qué es? ¿Un diario?

—Sí.

Mark se echó a reír y pasó una página de su bloc. Se colocó el lápiz entre los dientes y arrugó el ceño, juntando sus gruesas cejas negras. Por su modo de sacudir los hombros, Kellas se daba cuenta de que aún se estaba riendo. Vio sombras que se movían por la ventana y le llegaron voces desde el exterior. El complejo estaba atestado de gente. Tenía suerte de disponer al menos de un tercio de habitación.

—¿De qué te ríes?

Mark movía la cabeza y guiñaba los ojos.

—¿Eh?

La risa le hizo escupir el lápiz, que salió disparado y rebotó en la pantalla de su portátil.

—«¡Querido diario! ¡Sheryl no me ha dirigido la palabra en todo el día, la muy zorra! ¡Pronto descubrirá que yo también sé jugar a ese juego! Ah, Dios mío, y hoy han colgado a seis traidores en Mazar-i-Sharif, justo delante del santuario. ¡Brutal!»

Levantó la vista.

—¿Sabes quién tiene pilas? Tu amiga Astrid Walsh. Justo en la puerta de al lado.

—¿Ahora es mi amiga?

—Vino contigo por las montañas.

—Sólo una parte del trayecto. Nos separamos después del paso de Anjoman.

—Pídeselas a ella.

—Debería —murmuró Kellas, dando golpecitos con el bolígrafo—. Anoche fuimos juntos al hospital.

Mark resopló. Estaba leyendo los despachos de agencia.

—Es increíble—murmuró—. Apenas acaba de empezar esta guerra y ya están hablando de la siguiente.

Mark y Sheryl habían estado aquel día en su guarida habitual, una casa muyahidín situada cerca de primera línea. El tejado tenía una buena vista. Proporcionaba un puesto de vigilancia, más que una oportunidad informativa. Sheryl volvía luego con fotografías de explosiones en una cordillera lejana que los B-52 machacaban con toneladas de bombas. Luego se pasaba casi toda la noche editando y transmitiendo las fotos a su periódico. Los californianos, mientras tomaban café, estudiaban con avidez aquellas formas de brócoli gigantescas que dibujaban sus bombas en el cielo. Sheryl le había enseñado una vez en su portátil un detalle muy ampliado de una de sus fotografías. Kellas vio las estribaciones descoloridas de la cordillera, el humo y el polvo de las explosiones disolviéndose en el cielo azul... Y tal vez otra cosa distinta bajo la uña con la que Sheryl daba golpecitos en la pantalla.

—¿Lo ves? —le había dicho ella—. ¿Ves al talibán?

Tal vez sí. Parecía haber un trazo negro vertical de varios píxeles, y otro horizontal. El punto beis podría haber sido una cara. Tal vez había habido allí un soldado talibán que se había asomado desde detrás de su roca, ensordecido, exultante y medio asfixiado por las explosiones, para gritarle a América con los brazos abiertos que todavía no había perecido como un mártir. Kellas no estaba seguro. A lo mejor sólo era una grieta en la roca. Sheryl usaba unas lentes descomunales, pero la cordillera estaba mucho más allá de la primera línea de la Alianza. Quedaba a medio camino de Kabul.

Mark estaba absorto en su trabajo. Kellas abrió otra vez su cuaderno y leyó el comienzo de la novela. Había decidido escribirla un año atrás: una novela pensada para vender rápidamente el mayor número posible de ejemplares; para ser llevada al cine y

a la industria del videojuego; para proporcionarle dinero suficiente y poder pasarse el resto de su vida escribiendo lo que le apeteciera (si le apetecía y, si no, nada). Tenía treinta y siete años. Había escrito hasta el momento dos novelas en su tiempo libre como corresponsal. Habría deseado que fueran gran literatura, pero no habían resultado ni buenas ni malas. Tampoco demasiado populares, lo cual, más que abrumarlo, lo había desanimado. Había tratado de tranquilizarse diciéndose que cada libro era un fin en sí mismo, y no un medio para lograr un fin. Le habría resultado difícil creérselo si no hubiera sabido que otros se decían exactamente lo mismo. El poeta Pat M’Gurgan le había dicho en 1981, cuando los dos estaban a punto de terminar el colegio, que, como escritor, podías aspirar a ser la mejor cosecha del año, de un año en particular, o aspirar a ser la tierra donde germinaban todas las cosechas. Esta imagen le resultó atractiva. Se convirtió en una de las ideas que él creía originales y llenas de sabiduría durante su juventud. Quizá la habría acabado reconsiderando con el tiempo, pero poco a poco había ido perdiendo su pátina de gran sabiduría para adquirir más bien el valor de un recuerdo, y entonces ya no se le había ocurrido cuestionarla, sobre todo porque M’Gurgan se había atenido a ella.

Una noche, Kellas, que vivía en Londres entonces, lo llamó a su casa en Dumfries. Después de hablar un rato, su amigo le anunció que había dejado de escribir poesía y de trabajar en su novela autobiográfica. Tenía un libro nuevo a medio escribir: el primer volumen de una trilogía juvenil de fantasía.

—Me tiene sin cuidado lo que pienses —le dijo con agresividad, antes de que él pudiera decir palabra—. Ya me he cansado de ser pobre. Las únicas personas que conozco que leen los libros que he escrito hasta ahora son mi mujer y algunos escritores como tú. Quiero ganar dinero. Quiero ser famoso antes de morirme. Estarás pensando que he vendido mi alma. Pero ¿tú has

visto mi alma últimamente? Es esa cosa con la que juegan los niños a patadas cuando no dan nada en la tele. Tiene los ojos salidos de tantos golpes.

Kellas sintió como si se le estirara y contrajera la piel de todo el cuerpo. El pulso se le había acelerado.

—¿Cómo sabes que va a ser una trilogía si todavía no han publicado el primero? —le preguntó.

—¿Que cómo lo sé? Por ciento cincuenta mil deliciosas libras de Su Majestad. Por eso lo sé.

La decisión de Kellas se produjo esa misma noche. Se produjo: no la tomó él. Le llegó mientras contemplaba a través de su propio reflejo las lanzas de la verja de su jardín, que estaba demasiado crecido y exuberante. Le llegó sin más, y su conciencia no tuvo otro remedio que apretujarse para hacerle sitio. Se sentía derrotado. Las grandes palabras no estaban a su alcance y prefería ser un autor popular que un sabio secreto y oscuro. No se engañó a sí mismo pensando que le resultaría sencillo escribir un *best seller*, una novela cuya característica principal fuese atraer a un público lo más amplio posible. Allí, en Londres, había cientos de escritores convencidos de que podrían escribir fácilmente una novela comercial, si quisieran, pero preferían no hacerlo. Esa falsa ilusión era la única barrera que se interponía entre ellos y las aguas enfurecidas de la desesperación. Kellas sabía que no resultaría fácil. No había que considerarlo como si uno se rebajara o se embruteciera. Tendría que llegar a sentirse cómodo en aquel nuevo medio, y no simplemente dedicarse a estudiarlo con reticencia. Al día siguiente se compró cuatro abultados *thrillers* de bolsillo, cuyos títulos y autores figuraban en la portada con enormes letras doradas estampadas en relieve.

En septiembre de 2001, después de haber tomado infinidad de notas, después de haber esquematizado los distintos hilos argumentales en una serie de diagramas trazados en grandes hojas de

diferentes colores, un grupo de hombres jóvenes secuestraron cuatro aviones comerciales y los estrellaron contra el Pentágono y el World Trade Center de Nueva York, y causaron miles de muertos y una tremenda destrucción. Kellas no había hablado de su nuevo libro en el trabajo y, cuando sus compañeros de *The Citizen* lo vieron aquel día mirando los monitores de televisión fijamente, mordiéndose el labio y agarrando el respaldo de una silla con un brillo llameante en los ojos, se sintieron consternados por su modo de tomárselo y creyeron que tenía a algún amigo atrapado en una de las plantas superiores. Pero no era así. Lo que estaba observando era una escena casi idéntica a la que él había planeado en la intimidad de su estudio para el clímax final de su novela.

Ya sabía que el mercado del *thriller* estaba saturado. Sabía que corría el peligro de tener que competir con algún libro con el mismo argumento que el suyo. Con lo que no había contado era con la inusitada capacidad de los idealistas: gente sin el menor conocimiento de la naturaleza humana y sin ninguna compasión por el otro, pero dotada de la creencia infantil de que el uso de la violencia podía producir finales felices y capaz de convencer a un grupo de personas para que representaran en el mundo real sus pésimas tramas narrativas. Kellas se había esforzado mucho en presentar al cerebro de su célula terrorista como una tendenciosa encarnación del mal y, sin embargo, el personaje que él estaba buscando no era más que un novelista frustrado que ignoraba su condición. No se le había ocurrido que alguien pudiera encontrar más fácil vender a las masas sus trepidantes e inverosímiles relatos pidiéndole a un ejército de creyentes que las representasen, que poniéndolas a la venta en los puestos de libros de los aeropuertos, según la costumbre habitual.

Unos días más tarde, la mujer con la que llevaba seis meses acostándose, Melissa Monk-Hopton, columnista del *Daily Express*, rompió con él con el argumento de que los ataques terroris-

tas de Nueva York y de Washington la habían impulsado a reconsiderar sus opciones vitales. Ésas fueron sus palabras. Kellas le preguntó cuántos hombres y mujeres suponía ella que habrían utilizado los actos de un grupo de fanáticos suicidas para racionalizar sus rupturas aquella semana. Ella le respondió en su columna del día siguiente, proclamando el fin de su «vergonzosa confraternización con los pusilánimes compañeros de viaje de la izquierda». Kellas la había deseado siempre por los motivos más bajos. Pero aun así, aunque ella lo llamara «mi novio» y él aludiera a ella (cuando no podía oírlo) como «la mujer con la que salgo», se había sentido herido por su manera de dejarlo. Curiosamente (era consciente de ello), él siempre le había dado valor al hecho de conocer y comprender a las mujeres, y solía alardear de lo mucho que disfrutaba de su compañía, y sin embargo nunca había sido feliz con ninguna mujer más allá de unos pocos meses. Después de aquello se tomó unos días libres y trató de emborracharse, pero no pasó de husmear la botella de whisky antes de vaciarla en el fregadero. Permanecía durante horas en el sofá, pasando los canales de la tele a intervalos de dos segundos y alimentándose con pollo *korma* y *calzone* que le llevaban a casa. Se manchaba la ropa con las salsas, y las manchas se secaban sin que él se inmutara. Estudiaba la expresión de los chicos que le traían la comida, buscando en sus ojos algún indicio de desprecio, pero lo único que veía era miedo o indiferencia.

Unas semanas más tarde, *The Citizen* le propuso viajar a Afganistán para relevar a un corresponsal al norte de Kabul. Sus jefes le hicieron la propuesta de manera grandilocuente. Los vio muy serios, como si estuvieran practicando el tono que usarían con sus parientes más cercanos, y también excitados. Querían que comprendiese que debía mostrarse solemne y agradecido. No era la primera vez que le pedían que se encargara de cubrir una guerra para el periódico, pero sí era la primera vez que veía a sus jefes

valorar tanto un puesto como aquél. En otras guerras libradas entre oscuros países extranjeros, Kellas y sus colegas se limitaban a pergeñar sus crónicas y mandarlas a casa: una serie de impresiones fragmentarias que no perduraban más que un día o dos. Lo que le ofrecían esta vez, por el contrario, era nada menos que el privilegio de introducirse con sus crónicas en un relato mucho más vasto: un relato que venía a ser como un ebrio desfile militar y que pertenecía a una poderosa nación de narradores, creadores de mitos y vendedores de periódicos, América, pero al que también podían sumarse otros narradores extranjeros. Lo más fabuloso era que no importaba si en aquel desfile arrollador él o cualquier otro manifestaban sus reservas o proclamaban con un acento distinto que las cosas estaban sucediendo de otra manera. El enorme y ruidoso relato de los americanos impulsaría todos los demás relatos con su propia fuerza, y su voz se sumaría así al estruendo general, y ese estruendo le conferiría poder a su voz. De manera que podía permanecer en el desfile o meter baza por su propia cuenta.

Kellas rechazó la propuesta y sus jefes le dijeron que lo entendían, pese a que él no les había explicado los motivos. Dedujeron que se había entregado a la bebida, y su deducción se hizo oficial. Le aplicaron la mezcla de respeto, aprensión, libertad de maniobra y desprecio que el mundo de las letras suele dispensar a los supuestos alcohólicos. Sabían que había quedado muy conmovido por los atentados, aunque no supieran que Osama Bin Laden le había robado la idea de un libro, ni que su amigo íntimo se había enclaustrado en un desván para escribir sobre *hobgoblins*, ni que él no había previsto que su amante pudiera dejarlo. Era verdad que Melissa no le gustaba, pero ella le había hecho creer que lo quería. Había respondido al deseo de Kellas con el suyo, hasta que había decidido no volver a regalarle ese deseo y no lo hizo más.

Lo que le hizo cambiar de opinión, lo que le impulsó a volver a hablar con sus jefes para convencerlos de que lo enviaran a Afganistán, después de haberles dicho que no, fue un comentario que oyó en el pub.

—No me extraña que hayas rechazado esa movida en Afganistán —le había dicho el periodista—. Yo me habría cagado de miedo, joder.

El tipo había alzado su jarra y la espuma había rebosado por los bordes al volver a dejarla en la barra. Kellas había asentido lentamente, se había acabado su copa y había ido a ver al director de la sección de Internacional. Como muchos otros antes que él, descubrió que no tenía valor para que lo tomaran por un cobarde y acabó por viajar al escenario del conflicto.

Desde que había llegado a Jabal os Saraj, se había ido gestando en su interior —como un rencor largamente acariciado— una nueva versión revisada de su *thriller* sensacionalista. Hasta aquella misma noche, en que había empezado a volcarse en el papel por sí sola con la ayuda del nuevo mobiliario. La casa, en principio, no tenía muebles: sólo alfombras y colchones. Una casa afgana. Las comidas las servían en un mantel de plástico que extendían en el suelo. Ninguno de los americanos, de los europeos o de los corresponsales del este de Asia que se alojaban allí se había atrevido a cambiar aquel estado de cosas. Hasta que apareció un español, que ya destacaba por su gusto por el confort y por su repugnancia a salir corriendo a las ocho en punto hacia las montañas; un tipo que se pasaba toda la mañana tirado en la cama, sosteniendo una novela con una mano justo por encima de su cabeza mientras reposaba la nuca en la otra; que salía un par de horas a mediodía, y que, al volver, se ponía a escribir un rato para su periódico sin haber tomado una sola nota, con aquellos dedos rechonchos que tecleaban en el portátil como si fuese una vieja máquina de escribir con tendencia a atascarse. Aquel español

—todos habían sido testigos— se había comprado un día un mullido sillón y una lámpara de pie, que arrojaba una lujosa luz anaranjada sobre su gran corpachón mientras él permanecía sentado, tan tranquilo y relajado. Lo único que le faltaba era un televisor. (Más tarde se lo compró.)

Hasta aquel momento, los periodistas extranjeros que vivían en la casa habían manifestado su resistencia a aceptar las condiciones locales, o bien despotricando de las prácticas comerciales de los afganos, o bien alardeando de sus equipos, de sus relucientes herramientas multiuso con estuches cosidos a mano, de sus pantalones extraligeros de tela espacial, o de sus antenas de gran ancho de banda que podían plegarse como un retablo. La resistencia de aquel español era de otra clase. Verlo sentado allí, en su sillón, cuando hasta entonces no había habido otra cosa que una moqueta roja y azul y unos cuantos almohadones, impresionó a Kellas. La falta de muebles no le había molestado antes. Después del trayecto en un avión de transporte color lagarto desde Dushanbe hasta Faizabad, después del viaje con Astrid a través de las montañas en coches de fabricación rusa, la casa le había encantado por su tranquilidad y su luz. Cuatro paredes y un techo, un generador, blandos jergones para tumbarse de noche, tres comidas al día, si te apetecían, y bidones de acero en el baño repletos de agua, que calentaban por la mañana y por la noche con calderas de leña... Él no despotricaba de los afganos. No le dolían los doscientos pavos al día por un coche, un conductor y un intérprete. Le gustaba gastarse el dinero de *The Citizen*. Cada billete nuevo de cien dólares que restregaba entre el índice y el pulgar y entregaba a Mohamed (que lo examinaba con una sonrisa y lo doblaba por la mitad, para guardárselo en el bolsillo y deducirlo luego de los miles de dólares que debía a los pequeños empresarios locales, cada uno de los cuales poseía un arma automática) era un billete menos en la bolsa que llevaba Kellas alrededor de la cintura. Cuando salió de

Londres, la bolsa contenía doce mil dólares. Daba la sensación de que llevaba un libro de bolsillo embutido en la parte de delante de sus tejanos. Cuando se acuclillaba sobre el agujero del retrete exterior y se bajaba los pantalones, se imaginaba que el cinturón del dinero se le iba a romper y que tendría que recoger los billetes de entre la inmundicia de allá abajo, donde los ratones correteaban sobre montañas de mierda.

Lo que le había impresionado al ver al español en su sillón era un paso imaginativo más audaz y más honesto que los que había dado cualquiera de los demás extranjeros de la casa. Aquel español se había atrevido a afrontar la posibilidad de vivir definitivamente entre los afganos. No lo iba a hacer, eso le constaba. Pero había afrontado la posibilidad. Vivir entre los afganos, es decir, no como un afgano; no dejándose la barba y comprándose un *shalwar kameez*¹ y haciéndose musulmán. El español había admitido que se insinuara en su interior la posibilidad de vivir entre los afganos no como un colonizador, un soldado o un voluntario, sino como el hombre que realmente era: un tipo harto de todo, leído, divertido, promiscuo, ateo, dos veces casado y amante del vino, que ganaba setenta mil euros al año escribiendo para un periódico del lado rico del Mediterráneo. Poniéndose cómodo y haciendo caso omiso (salvo a mediodía) de la guerra cuyo runrún continuaba en el horizonte, el español se había adentrado mucho más en aquella tierra extraña que cualquier otro *farang*² de la pensión.

Kellas le pidió a Mohamed que le buscara una mesa y dos sillas, y él las encontró en el bazar. Estaban cojas, tenían unas patas de madera y otras de metal. En aquel país incluso los muebles te-

1. Vestido típico tradicional del sur de Asia, compuesto por una túnica corta y unos pantalones holgados, que usan igualmente hombres y mujeres. (N. del T.)

2. Término de origen tailandés para designar a los extranjeros de origen europeo. (N. del T.)

nían prótesis. Como todos los extranjeros del complejo, Kellas actuaba, interpretaba un papel. Ahora, sin embargo, inspirado por el español, había decidido cambiar de papel. Por las ropas que llevaban, por las cosas que usaban y por su modo de actuar, los corresponsales eran declaradamente personas de paso. Los británicos interpretaban el papel de soldado-explorador; los americanos se doblaban en misioneros y agentes de prospección. Los franceses se dedicaban a la piratería científica: ese tipo de personaje capaz de asesinar para llevar a su país el sarcófago o el bacilo antes que su rival; los alemanes asumían el papel de estudiantes en su año de prácticas en el extranjero; los japoneses, el de astronautas que aterrizaban en un planeta desconocido. Kellas participaba en parte de la variante británica, aunque para él no se trataba de una misión exploratoria o militar, sino más bien de una persona enviada (con una generosa partida de gastos) para visitar a un pariente pobre que no había visto nunca y cuya dirección ignoraba. Todos esos papeles tenían el rasgo común de afrontar la vida en países muy duros como Afganistán o el Congo, pero su característica más destacada era su manera de diferenciar a los periodistas de sus burgueses compatriotas, que permanecían a salvo en casa. En este punto destacaba el genio y el desinterés del corresponsal español. Para él, nada habría sido más fácil que regresar a casa e impresionar a sus amigos de clase media y a un montón de chicas con las historias de cómo había sobrevivido a las minas, a los morteros y a las barricadas de los talibanes. Describirse a sí mismo ataviado con un sombrero *pakul* mientras atravesaba nubes de polvo con los dientes apretados y los ojos fijos en el horizonte, protegidos con unas gafas de aviador. En España, a nadie le habría impresionado saber que se había montado en Afganistán una confortable sala de estar. Por eso aquella sala de estar era su máximo logro. Llevarse recuerdos de Afganistán a la Europa burguesa era algo trivial. Trasladar, aunque fuese por

poco tiempo, fragmentos del mundo burgués europeo a Afganistán era un gesto magnífico.

El español se había montado una sala de estar; Kellas se montó un despacho. Tenía el escritorio y la silla. Había clavado un mapa en la pared. Había colocado su portátil. El último requisito era el teléfono y, aunque en Jabal no había línea fija ni cobertura para móviles, también tenía uno sobre el escritorio, un teléfono vía satélite: un trasto negro y cuadrado del tamaño y el peso de una sandwichera. Funcionaba con una antena cuadrada que había que situar en el exterior, apuntando hacia un satélite sobre el océano Índico. Desde el teléfono, Kellas había tendido un cable que salía al exterior a través de un ventanuco y terminaba en su segunda silla. Allí, sobre el asiento, había colocado la antena mirando a las estrellas del sur.

El teléfono satélite de Mark se puso a sonar. En América era de madrugada todavía. La primera llamada de sus jefes. Kellas esperaba una llamada parecida desde Londres. Ya tendría que haberla recibido. Pulsó uno de los botones del teléfono. Ni una sola barra de cobertura.

Mark colgó.

—¿No recibes la señal? —le preguntó.

—No.

—No sé si tendrá que ver —dijo—, pero... ¿sabes el chico ese bajito que vigila algunas noches la entrada? Cuando he llegado lo he visto muy contento, acomodado en una silla. Se parecía a las tuyas.

Algo se removió en su interior. Las hormonas disparaban primero y preguntaban luego. Ahora entraron en eferescencia y notificaron al cerebro que se echara a un lado mientras ellas hacían su trabajo. Kellas, bajo el mando de la ira, se levantó y salió al pasillo en calcetines. Pasó frente a la habitación que Astrid compartía con la periodista de la National Public Radio estadouni-

dense y con un tipo bastante viejo de Suecia. Si hubiera estado la puerta abierta y la luz encendida, y la hubiera visto allí, con las piernas cruzadas y la curva de su cuerpo sobre el portátil, mirando la pantalla a través de su rubio flequillo, su rabia se habría aplacado. Pero no. Cruzó el amplio vestíbulo, pasó junto a los bultos de los coreanos dormidos, y llegó a la puerta. Montones de botas. Prohibidas en el interior de la casa. Entre aquella masa de cuero polvoriento y embarrado, de cordones rígidos de tela espacial, tenían que estar las sólidas botas escocesas de Kellas. Tenía que encontrarlas entre un centenar largo de botas tiradas por el suelo antes de que se le pasara el cabreo. Pero no se le pasaba. Al contrario, iba cobrando fuerzas. Encontró las botas por fin. Tenía demasiada prisa para aflojar los cordones y meter los pies a presión hasta el fondo, así que echó a andar en la oscuridad con los dedos de los pies metidos bajo la lengüeta y los talones aplastando la parte de atrás, lo cual hacía que caminara de un modo abrupto, a pequeños brincos, como uno de aquellos monstruos de película de serie B de los años sesenta.

Lo rodeó de repente la noche fría; los árboles que se alineaban junto al muro del recinto tendían por el cielo una fina red de ramitas. Kellas llegó a la esquina del edificio y vio que habían quitado la silla de debajo de su ventana y habían dejado la antena en el suelo, mirando en la dirección errónea. Lo mismo había ocurrido la noche anterior. También se había enfadado, pero ahora la sensación era más exuberante y embriagadora: un chorro de furia que le refrescaba, que lo limpiaba y liberaba por dentro. Le asombraba encontrar en su interior una cantidad tan enorme de algo que apenas era consciente de poseer, ni siquiera en dosis reducidas. Caminó airado hasta la entrada del complejo. El guardia se levantó rápidamente de la silla. Un chico de unos quince o dieciséis años (él le sacaba una cabeza de estatura), con un *shalwar kameez* deshilachado y un viejo suéter de lana encima. Lle-

vaba unas zapatillas de plástico en sus pies desnudos. El kalashnikov le colgaba en bandolera sobre el pecho, sostenido por una correa mugrienta. La culata había perdido todo el barniz: parecía un trozo de madera comido por la marea; y los cantos de metal tenían un aspecto de plata gastada y pulida por el tiempo. Seguramente era el arma de la familia: el único objeto valioso que poseían, aparte de las ovejas y las mujeres. El ancho rostro del chico le reveló lo cabreado que debía de parecer en ese momento. El chico tenía la cabeza descubierta y el pelo corto y casi rubio. Entornó los ojos y frunció los labios. Temblaba un poco; se le veía todo rojo y desafiante. Kellas comprendió que así era como afrontaba una paliza o una humillación de los mayores, y que ahora él, Kellas, era uno de los mayores. La ira le rebosaba aún sin que nada pudiera ponerle diques, con esa terrible peculiaridad de las inundaciones, que borran o simplifican todas las fronteras. Kellas era al mismo tiempo la inundación y el cuerpo arrastrado por ella. Agarró la silla con la mano izquierda y la levantó.

—¡Te lo dije! —chilló—. ¡Esta puta silla es mía!

Pareció como si la noche grabase sus palabras y volviera a pasárselas una y otra vez con un ritmo repetitivo. La parte de él que se había visto arrastrada por la inundación no podía hablar. Luego llegó una nueva oleada y Kellas le gritó otra vez las mismas palabras al chico, que permanecía inmóvil y en silencio. No entendía el inglés. Aquellas palabras eran para él un rugido furioso. Con la mano izquierda, Kellas le dio un empujón. La palma de su mano entró en contacto por un instante con aquel cuerpo cálido y duro antes de que el chico se tambaleara y diera un paso atrás. Se recompuso enseguida, apretó los labios con más fuerza y miró a Kellas a los ojos. Él se volvió y caminó furioso hacia la casa con la silla en la mano.

Le llegó un sonido desde el cielo sumido en la oscuridad: como si la bóveda celeste se hubiera vuelto de piedra y estuvieran

arrastrando por encima una losa. A veces los motores de un avión americano se ponían a rugir o enmudecían súbitamente. Kellas miró hacia el sur. Divisó a lo lejos un tenue destello. Oyó que el chico murmuraba algo a su espalda. Se preguntó si sería una oración o una maldición. Él había recurrido a los gritos y los golpes. El obstáculo era el idioma, desde luego, pero lo cierto era que desde su ruptura con Melissa les había tomado desconfianza a las palabras y a su propia destreza para manejarlas, incluso cuando el idioma era el mismo. Hasta en los momentos en que parecían más unidos, él y Melissa (y su ex mujer, Fiona, y Katerina en Praga) habían permanecido impermeables y aislados en su soltería.

El empujón que le había propinado al chico había sido lo más aproximado al contacto con la calidez de otro cuerpo que había llegado a sentir desde que le puso la mano en el hombro a Melissa para despertarla la mañana en que ella lo dejó. No, no era cierto. La noche anterior, en el autobús hacia el hospital, se había sorprendido a sí mismo tomándole la mano a Astrid. Habían hablado. Se habían mirado a los ojos. Era una pena que ya no tuviera fe en las palabras ni en las miradas. En otra época, Kellas estaba convencido de que mirarse a los ojos, ese juego de regresión al infinito (él mirándola a ella, que lo miraba a él, que la miraba a ella, y así eternamente), era la forma más pura de intimidad: el momento en que las almas se hallaban más cercanas, como dos pájaros que descendían a beber del mismo estanque estrecho y profundo. Ahora se preguntaba si mirarse a los ojos, aunque fueran los ojos de una amante, no era más que una forma refinada de ceguera.

Un ruido sordo y amortiguado le llegó desde donde se había visto el destello, seguramente a muchos kilómetros de distancia. Era extraño que llegase desde tan lejos; un efecto extraño de la atmósfera. El sonido de América perforando la superficie del lado nocturno del mundo.

Tenía la intención de mantenerse alejado de Astrid. Ya había abandonado la vieja esperanza de que dos personas pudiesen formar un todo. Recordaba haber pensado en una ocasión que dos personas podían experimentar juntas un sentimiento de comunión con el mundo que el alma solitaria es capaz de alcanzar con gran facilidad. Se lo imaginaba. Él lo había hecho. La primera vez que se había enamorado, todavía adolescente, había sido de una chica con la que nunca llegó a hablar. Logró lo que no habría logrado si hubieran estado juntos: compartió un éxtasis de soledad. Por eso, y porque era la primera vez, aquello ejerció sobre él el efecto de una toxina, como un cáncer sin efectos fatales. Se recuperó, pero estaba cambiado. Dañado, tal vez. Cuando se trataba de amor, no era fácil distinguir entre los daños sufridos y un simple cambio.

De camino a su habitación se cruzó con Astrid, que andaba con un portátil abierto en las manos. Llevaba puesto aquel anorak demasiado grande. Se sonrieron.

—Eh —dijo Astrid. A través del flequillo rubio, sus ojos grises lo examinaron con curiosidad. Pasó de largo, se detuvo y le dijo hablando por encima del hombro—: ¿Has recuperado tu silla?

Kellas se volvió.

—No tendría que haberle gritado —dijo.

—Ya —respondió Astrid—. Críos con armas. No pueden sentirse más orgullosos.

En Virginia, ella practicaba la caza.

—A mí no iba a dispararme.

—Lo cual te convierte en un matón.

—¿Me he portado como un matón?

—Sí. Un hombre desarmado dándole empujones a un chico armado porque sabe que puede hacerlo con toda impunidad... ¿A ti cómo te suena?

—No te he visto hoy en el pueblo bombardeado —dijo Kellas.

—Me he levantado pronto. He estado allí y he vuelto hacia las diez. Ese tipo, Jalaluddin..., se le veía tan desamparado. Joder.

Kellas había olvidado el nombre del marido, a pesar de que lo había anotado. Pero recordaba muy bien su aire de desamparo cuando los periodistas lo habían dejado allí, sentado entre las ruinas de su casa.

—Le he dado dinero —afirmó Astrid, mirando al techo—. Casi preferiría no haberlo hecho. Era como si quisiera comprarlo. Cien pavos.

—La bomba no era tuya.

—Claro que era mía —dijo ella, con aire ausente—. Todas son mías. —Lo miró de nuevo—. ¿Tú le has dado algo?

—Sí. Lo mismo.

—Toma —dijo Astrid. Cerró el portátil, se lo puso bajo el brazo y metió la mano libre en el bolsillo del anorak. Sacó un par de pilas Duracell y se las tendió—. Mark dice que las necesitas.

Kellas le dio las gracias y tomó las pilas, tocando su palma con la punta de los dedos. Notó un rastro húmedo en las líneas que la cruzaban y el calor que el portátil le había transmitido.

—Gracias. No sé cuándo podré devolvértelas.

Ella abrió otra vez su portátil. Los puños del anorak crujían sobre la superficie de plástico.

—Pero me las devolverás, ¿no?

—En cuanto pueda.

—¡No lo olvides! —le dijo por encima del hombro. Sonreía al decirlo.

Kellas la llamó para ver si quería salir a dar una vuelta luego, pero ella no respondió.